

La máscara

Dolores Campos-Herrero



1ª edición, octubre de 2006

Colección: Cuentos para la Guagua

Asesor Literario de la Colección
Plácido Checa Fajardo

© de esta edición: Dirección General del Libro, Archivos y
Bibliotecas

Edición no venal
Depósito Legal: GC - 651 - 2006

Producción, diseño y realización: Cam-PDS Editores S.L.
Francisco Gourie 107, 2ª Planta - Ofi. 18
35002 - Las Palmas de Gran Canaria
Tfno. 928 44 59 08 | Fax: 928 38 09 97
editorial@cam-pds.com | www.cam-pds.com

Imprime: Contacto

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización por
escrito de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas.



Me dijeron, venga no seas sosa, no irás a quedarte en casa un lunes de carnaval.

Por un momento me mantuve en mis trece.

–Siempre hay demasiada gente. No puedes moverte. Te tiran encima vasos de güisqui o de coca cola. Se montan broncas... –me defendí yo.

–Excusas -saltaron mis amigos.

–Lo que ocurre es que la edad no perdona. Mira que eres solemne. Solo piensas en la seriedad y el trabajo –me dijo otra.

–Pero si siempre es igual. Salgo y me parece que estoy atrapada en los carnavales de 1992 –insistía yo, pero finalmente me dejé convencer.

«El mundo al revés», decía un locutor de la tele en un tedioso programa festivo.

La pandilla vino a casa y eso fue lo más divertido. Dos horas y media para vestirnos y maquillarnos de manera adecuada. Las disfraces antiguos ya no me servían, y me produjo cierta melancolía comprobar cómo era del todo punto imposible entrar en la alegre ropa de una chica de saloom del viejo oeste americano, en los flecos de una flapper de los años veinte y en la burbuja dorada de una más que singular hada del bosque.

Me vestí de cualquier cosa. Un trapo de aquí, un trapo de allá. Un pañuelo de vivos colores en la cabeza y los ojos y los labios muy pintados. Incluso me dibujé unas cejas muy altas, a lo Marlene Dietrich, por encima de las mías.

En carnavales siempre llueve. Cuando salimos a la calle, en torno a las doce de la noche, caía una lluvia mansa que se parecía a todas las

anteriores lluvias. Todavía la gente no corría ni se tapaba la cabeza con la capa de Superman o de Drácula.

Una de la pandilla se puso a dar saltos. Pasos de baile sobre la acera, como si fuera Gene Kelly. Poco más que una argucia para atraer la atención del nuevo. Del chico guapo que lleva poco más de dos semanas saliendo con nosotros.

La estrategia le salió bien porque al rato la vi colgada del brazo del nuevo, un informático muy formal que iba disfrazado de bucanero del Caribe. Entramos en la jungla humana del bulevar de los chiringuitos y todavía éramos una piña.

–Que cada cual se agarre de la cintura de quien lleve delante. Con el trenecito evitaremos perdernos –propuso alguien.

Y eso hicimos, y conseguimos llegar a un lugar seguro. Una especie de pequeña isla entre las masas. Un hueco a la derecha de una de tantas barras.

–La música es cada vez peor –se quejó una.

–No seas pija –dijo otra. Eran dos que siempre estaban discutiendo. Trabajaban juntas en la misma oficina y llevaban toda la vida, desde la infancia, empeñadas en una extraña rivalidad.

–No soy ninguna niña tonta pero esto cada vez está más changa –gritó la primera.

Dentro de un momento ya no podríamos escuchar nuestras propias voces.

–¿Qué bebes? –me preguntaron–. Yo dije qué, qué.

Era una forma de reaccionar como otra cualquiera. El que hablaba era el deseado, el chico perfecto, el que cualquiera de nosotras aceptaríamos con los ojos cerrados.

–Es especial –decíamos

–No es guapo pero tiene morbo. Desprende un no sé qué –apuntábamos.

–¿Qué te apetece beber? –preguntó de nuevo.

Le dije que una cerveza, pero después que una cerveza, no. Me obligaría a buscar un baño demasiado pronto, a responder enseguida a la urgencia de mis riñones.

-Un vodka con naranja -pedí y al momento me pusieron un vaso en la mano.

-Buen servicio -dije riéndome. Dudé si había sido buena idea lo de crear un fondo común de dinero. En noches así es difícil no perderse. Mi casa estaba en aquella zona, no tendría problemas para volver. Pero me había quedado sin un euro, por si necesitaba cualquier otra cosa.

-Hola, ¿eres Delia? -me preguntaron-. Dije que no y aquel tipo disfrazado de romano, orgulloso de sus bíceps y de su poderoso torso de gladiador, siguió insistiendo.

-Yo te conozco, estudiamos juntos Magisterio... Le dije otra vez que no.

Empezaban ya los empujones, la marea de cuerpos que se mueve y te lleva de un lado a otro.

Me puse de puntillas y divisé la pluma de paje de mi primo. No lo llamé porque es un tipo muy silencioso y retraído y apenas hay quien le saque una palabra del cuerpo, pero me moví como pude para deshacerme del tipo sin cuadrigas.

–¿Estás sola? Yo, también –hizo un nuevo esfuerzo.

–No, la verdad es que no estoy sola. Adiós –corté su cháchara y me zafé de él, y conseguí llegar a donde se habían concentrado los míos. Por suerte, todavía estábamos todos.

–Cada año hay más gente –apuntó uno.

–Se ve que no viniste el año pasado... –dijo otra.

–Cómo que no. Yo soy el único que no se ha rajado nunca.

–Suerte que tienes porque el año pasado bien que me hubiera gustado venir a los chiringuitos, pero no pude. Estaba deprimida.

–Razón de más para que hubieras venido –dijo no sé quién.

–Lo que tenemos que procurar es no perdernos –apuntó uno al que llamábamos «el viejo». Lo diferenciábamos así de otro que se llamaba igual pero tenía cara de niño, a pesar de que no lo era. Al otro le llamábamos, claro está, el joven, al margen de la edad que tuviera; ambos, joven y viejo, habían cumplido con creces los cuarenta.

–Je, je, je –rió maliciosamente otro cualquiera.

–Lo que es menester es que si te pierdes, lo hagas bien. No vayas a encontrar algo a los nueve meses –dijo una voz que no era de las nuestras.

Los graciosos de siempre que se meten en los asuntos ajenos.

–Ya somos mayorcitos –se molestó la que cantaba y bailaba bajo la lluvia, hacía menos de una hora.

–Me parece que necesitas que te reconozca a fondo –volvió a decir uno de los graciosos, grotescamente disfrazado de enfermera.

Los carnavales me agotan, pero me ofrecen siempre un espectáculo que considero curioso. Observo el ir y venir de las máscaras, la impertinente gracia de unos, la zafiedad de otros.

Necesito al menos una copa para estar animada. El vodka primero de esa noche ya estaba mediado cuando la pandilla comenzó a dar saltos. No me apetecía, me gusta más contemplar el panorama. Los dejé hacer, reír, bailar.

Había un chico atractivo con aspecto de francés que no paraba de hacer fotos con su

móvil. Y un grupo de quinceañeras, disfrazadas de barbudos de Sierra Maestra.

Pasó una reinona, elevada a los altares de sus inmensas peanas. Sacó la lengua, movió las formidables pestañas postizas y le susurró al francés cualquier cosa al oído. El extranjero le devolvió una discreta sonrisa educada.

Los primeros que desaparecieron fueron el nuevo y la chica que cantaba bajo la lluvia. Pedimos otra ronda y a eso de las dos ya hubo quien dijo que lo sentía pero que le estaba dando sueño.

–No veas la mañana que tuve en el Banco –se excusó.

Yo tampoco había tenido un buen día pero me daba pereza moverme, abrirme paso en aquel bosque tupido de danzarines borrachos. Además, al otro lado de la barra, había un hombre. La calle estaba llena de ellos, de hombres y mujeres, de tipos perversos y muchachos

encantadores. Un todo ante el que yo, en estos días, pasaba con total indiferencia.

Sin embargo, este tenía algo que me intrigaba. Estaba solo. Iba vestido de manera corriente pero llevaba un antifaz en la cara. En realidad, llevaba unos pantalones grises y una chaqueta negra. Un atuendo cualquiera que no parecía el atavío de un disfraz. No iba de héroe popular de historietas o gran pantalla.

Era extraño porque mantenía una rara calma en medio de aquel jolgorio. Tenía un vaso en la mano y bebía despacio. Lo descubrí porque me estaba mirando. Siempre me ha llamado la atención esa circunstancia. Si alguien nos observa fijamente, hay alguna clase de alerta que nos avisa.

Me miraba pero no me lanzaba ninguna de esas sonrisas invitadoras a que son tan aficionadas las máscaras. Su actitud reservada y su ensimismamiento me habrían chocado menos

si fuera con la cara descubierta. Lo que me intrigaba era el antifaz.

Un antifaz negro que hacía que sus pómulos se vieran perfectos y poderosos. Una máscara que dejaba entrever una mirada punzante. El antifaz atravesaba el pelo negro y abundante del hombre sin desbaratarlo. No se veían esas marcas que dejan los elásticos tensos. Si lo pensabas bien, parecía algo natural en el rostro porque era exactamente del mismo color de sus cabellos.

–Oye, que nos movemos. Que estamos cansados de estos plastas de al lado –dijeron mis amigos.

Yo no tenía ganas de moverme pero tampoco de que se dieran cuenta de que no pensaba ir con ellos.

–De acuerdo, empiecen a avanzar, que voy detrás –dije y me quedé tan tranquila. Acababa de pedir otro vodka.

El hombre y yo parecíamos un par de due-
listas. Me miraba sin parpadear, sin apartar
la vista. Yo hice otro tanto. No pude evitar
esbozar una sonrisa y la verdad es que tuve
que poner mucha voluntad para imaginar
que aquellos labios de enfrente se distendían
de forma mínima.

No sonreía pero parecía decirme, ven, ven,
ven, así que como llevaba ya tres vodkas entre
el corazón y el alma, no me costó decidirme.
No vacilé en abrirme paso hasta él.

Sí que me resultó peliagudo avanzar,
por lo de las apreturas; conseguir algo tan
simple como ponerme a su lado. Todo iba
como la seda. Llegué junto a él, nos segui-
mos mirando un rato más y, finalmente, me
tocó la mano.

Tenía un tacto muy suave. Dejó la copa sobre
la barra y me agarró de los hombros para que
caminara delante.

Nos fuimos abriendo paso con problemas. Eran las cuatro de la madrugada y toda la ciudad había desembarcado en aquel bulevar. El suelo era un basurero en el que se mezclaban restos de alcohol, orines, pompones pisoteados, vasos de plástico y latas de refresco y cervezas.

Mientras ganábamos la calle, a la altura de un restaurante muy caro, sentía con placer la presión de sus dedos en mi cintura. Me volví a mirarlo y seguía tan serio como siempre. Pero un latigazo de placer me subía del estómago a la boca del paladar; a los labios de la boca.

De cerca era terroríficamente guapo. Me extrañaba que las chicas colocadas con las que nos cruzábamos no dijeran nada de él. Que no le lanzaran los habituales piropos, no exentos de procacidad.

—¿De qué vas, tía? —me gritaron, en cambio, unas adolescentes que no llevaban muy bien la mezcla de chocolate y alcohol.

No supe si se referían a mi vestimenta o a la cara de felicidad que me coloreaba las mejillas.

A la altura del parkin de Saba, el aire era más despejado. Había gente sentada en las aceras y un trasiego de máscaras arriba y abajo. El hombre me llevaba como en volandas. Había colocado firmemente sus brazos en mis hombros como si yo le perteneciera.

–Ya me perteneces –tuve por un momento la ilusión de oír.

Fue cosa del aire o de las conversaciones de quienes nos cruzábamos.

–¿A dónde vas tan sola? –gritó un cardenal que le daba en una esquina a una petaca.

–Menuda cogorza –dije en voz alta. Miré aquellos ojos que brillaban debajo del antifaz y esperé la primera sonrisa. No llegó simplemente.

Yo vivía cerca pero el hombre del antifaz me arrastró hacia un viejo solar que parecía abandonado. Las lluvias de los últimos meses habían

hecho crecer matojos que parecían aulagas. Por encima del solar, la luna se veía redonda. Me hipnotizaba.

Se quitó la chaqueta y me la puso por encima como si fuera una manta. Nos tumbamos en aquel suelo, al raso, y estuvimos inmóviles, quietos. Sin necesidad de nada. Me bastaba con sentir su calor. Una presencia que me parecía misteriosa.

Pegué mi oído a su corazón y lo único que escuchaba era el sordo bramido de la fiesta. Tuvieron que pasar horas, aunque sé que el tiempo se detuvo. Y sé que las cinco, las seis, las siete, las ocho... yo las sentí como si apenas fueran minutos.

El hombre lleno de silencios parecía dormido. Le acaricié el pelo y la nariz y me sentí capaz de hacer algo que no sabía entonces si era una falta de respeto o una travesura. Metí las manos en los bolsillos de su chaqueta.

–¿Quién eres, cómo te llamas, de dónde vienes? –le preguntaba al oído.

En sus bolsillos no había nada. ¿Cómo diría? Meter las manos fue como intentar hurgar en el vacío, dar manotadas en el aire. Había un hueco pavoroso en el que mis dedos pugnaban por desaparecer. Yo los movía con inquietud y no conseguía tan siquiera encontrar un cuerpo sólido y real debajo de las ropas. Fue entonces cuando me decidí a quitarle el antifaz. Hasta ahora, mis maniobras no lo habían despertado. El hombre tierno, dulce, guapo, el hombre lleno de silencios, seguía soñando.

Y yo le daba tirones en la piel, arañaba las comi-suras de aquel postizo carnavalero, sin conseguir otra cosa que un ronquido de impaciencia. Tan encajado estaba en torno a sus ojos, que no había manera de encontrar la lazada de tan extraño embozo. Tuve que aceptar una realidad aterradora. Que el antifaz formaba parte de su cara.

Entonces se despertó. No se movió apenas. Se quedó expectante. Sus ojos parecían más negros. Lo miré fijamente y persistí en arrancarle la máscara. Entonces emitió un ruido raro. Como si un borboteo, un ahogo, un gemido se le enquistara en la garganta.

Una palidez mortal se extendió como sombra repentina sobre su piel. Hizo un amago de acariciarme pero sus manos se quedaron rígidas.

En el solar –ahora me daba cuenta– dormían cuatro o cinco mendigos.

Ajenos a ellos, me levanté y eché a correr, y volví a casa llorando.

Durante días abrí con pánico los diarios. Se contaban casos de hombres muertos por sobredosis, por colapsos, por infartos cerebrales, por causas naturales, pero, junto a la noticia, aparecían sus fotografías. Ninguno era joven, fuerte, bien parecido.

Desde entonces tengo pesadillas, sueño con el antifaz aquel. Con un hombre sin rostro. Con una máscara que es, en realidad, otra máscara. Me despierto sudando e intentó dormirme de nuevo. Pero ya no puedo.

Desde hace quince semanas me crece algo por dentro. En el vientre, siento la violencia. Noto las patadas de quien quiere salir con la mayor urgencia.

No es lógico que esté embarazada. No soy de las que creen en milagros, aunque ciertamente aquella noche no terminé muy sobria.

Habrà cosas que no recuerdo.

Mis esperanzas de que esto sea un trastorno momentáneo, se disipan cada día que pasa. Tengo algunas sospechas. Lo presiento con toda la fuerza del silencio de aquel hombre. Sospecho que no soy la primera; la única depositaria.

Ángeles caídos habitan ya entre nosotros.